

1867-1967
LINCOLN-KENNEDY

**MUERTES
PARALELAS**

CUATRO presidentes de los Estados Unidos han sido asesinados a balazos en la centuria que acaba de terminar. El 12 de febrero, los americanos celebraron el nacimiento de Abraham Lincoln, primer jefe de Estado víctima de un magnicidio.

De los innumerables mitos relacionados con el líder mártir de la guerra civil, hay dos que comparte con John F. Kennedy, muerto en Dallas en 1963. El primero es que el presidente era un radical que había abogado por medidas revolucionarias destinadas a conseguir para los negros los derechos civiles; el segundo, que ambos dirigentes gozaban de la simpatía del país y fueron asesinados por dos locos solitarios.

Los partidarios del primer mito se encuentran, principalmente, entre aquellas personas con opiniones más bien extremistas en todo lo referente al problema racial y que intentan justificar sus convicciones atribuyendo a Lincoln una postura que, en realidad, no fue la suya.

Por el contrario, los partidarios del segundo mito son moderados que prefieren cerrar los ojos a la desagradable realidad de un presidente que, actuando con decisión en tiempos de crisis, no sólo encuentra amor sino también odio y que hay hombres cuerdos que considerándolo un traidor desean su muerte.

Es sorprendente el paralelo entre las circunstancias que llevaron a Lincoln y a Kennedy a tan triste fin. La ironía de su asesinato radica precisamente en el hecho de que, juzgados por el modo de pensar general de sus contemporáneos, ambos hombres no jugaron ni mucho menos un papel revolucionario, sino relativamente liberal. No hay que olvidar que Lincoln ganó en 1860 la candidatura de su partido por haber hecho un llamamiento a las fuerzas de centro. La convención republicana se celebró ese año en la ciudad de Chicago, en el Estado de Illinois, patria de Lincoln. Por lo tanto, su nombre fue propuesto, en la primera votación, como se suele hacer en las convenciones americanas, para honrar a la región representada por el candidato. A los candidatos así elegidos se les denomina «hijos favoritos», y sus nombres suelen desaparecer en la segunda votación, de tal forma que los delegados que anteriormente votaron por ellos quedan libres entonces para apoyar a otros candidatos mejor situados.

La astucia de los dirigentes de la delegación del Estado consiste en juzgar cuándo deben dejar de ofrecer su apoyo a un candidato derrotado



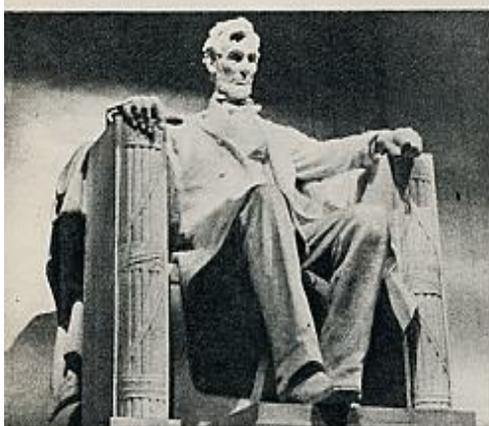
El Lincoln Memorial —fotos de la izquierda— es, al tiempo que un monumento a la memoria de Lincoln, un homenaje al programa liberal que defendió. El dibujo superior, realizado por el artista especializado en la guerra civil norteamericana, J. Becker, muestra a Abraham Lincoln, entonces presidente de Estados Unidos, paseando en coche descubierto por las calles de Richmond (Virginia), el 4 de abril de 1865. Su visita a la capital de la Confederación Sudista simbolizó el final de la guerra, hecha realidad plena el día 9, al rendirse el general de los Confederados, Robert E. Lee, al general de la Unión, Ulises Grant, muy popular en EE. UU.

o, pura y simplemente, «honoris causa», para unirse estratégicamente a los ganadores en el preciso momento en que su apoyo parece decisivo, pudiendo, de tal forma, exigir una contrapartida importante en el caso de que su partido gane las elecciones, por ejemplo, algunos de los puestos del gabinete y de las varias oficinas de la administración de la Presidencia.

La táctica de las convenciones presenta dos aspectos, contradictorios entre sí. Cuando se prevé que va a ser elegido un candidato en las primeras votaciones, los dirigentes de las delegaciones procuran ser los primeros en sumarse a sus filas. Una mayoría relativa en la primera votación no significa necesariamente una ventaja. Si el candidato que tiene el mayor número de par-

tidarios no consigue aproximarse a la mayoría absoluta, entonces sus enemigos se unen para cerrarle el paso, o bien porque no comparten la política que él defiende o bien porque consideran que ya ha prometido todo lo que se puede prometer a sus seguidores. Entonces, los enemigos intentarán encontrar un «mirlo negro», es decir, un candidato cuyos puntos de vista sean tan inocuos o hayan sido tan poco aireados que, como tal candidato, sea considerado por todo el mundo como inofensivo de manera que consiga el apoyo incondicional de los enemigos del candidato que había logrado, en la primera votación, el mayor número de votos.

Cuando se encuentra este «mirlo negro», todas las delegaciones restantes le **SIGUE**





Abraham Lincoln y su hijo Thomas. La fotografía corresponde al 9 de febrero de 1864. El niño, Thomas Lincoln, murió en el año 1871.

siguen en tropel. La convención republicana celebrada en 1860 es un claro ejemplo de lo que acabamos de decir. Tuvo lugar en mayo, seis meses antes de las elecciones generales; el candidato con más probabilidades no era Lincoln, sino un republicano de renombre nacional, William H. Seward, de Nueva York. Pero Seward tenía en contra suya el que su programa era muy conocido y, por tanto, había muchos que no estaban de acuerdo con él, mientras que Lincoln contaba con menos enemigos. El problema más importante de la época era la esclavitud y su posible abolición y los republicanos habían aclarado suficientemente su posición ante este problema. Por esta razón, no era preciso designar a un hombre con puntos de vista tan hostiles a la esclavitud que el votante indeciso temiese la posibilidad de una guerra civil en el caso de que tratase de ponerlos en práctica. Los delegados estaban seguros de que los abolicionistas votarían por cualquier candidato que ellos nombrasen; no tenían otra alternativa, ya que los demócratas eran defensores acérrimos de la esclavitud. Por eso buscaron a un hombre con opiniones sensatas y moderadas sobre la esclavitud. Encontraron a Lincoln, que ni siquiera había propuesto la abolición, mediante la intervención del gobierno central en los Estados donde la esclavitud existía. Su propósito era evitar que se introdujera en los territorios occidentales donde no había llegado todavía, aunque, al mismo tiempo esperaba poder persuadir a los sudistas para que acabasen voluntariamente con la explotación de los esclavos negros. En su opinión, esta práctica anacrónica era un mal moral, social y político. Pero para combatirla recomendaba únicamente el ejercicio de una presión moral: «Confiemos en la fuerza del derecho». La moderación que caracterizaba a Lincoln influyó poderosamente sobre los votantes indecisos. A juicio de los delegados de la convención, otro factor que le favorecía era que, en unas elecciones donde el Norte iba a votar a ciencia cierta contra los republicanos y el Sur, que no tenía otra alternativa, por los demócratas, un nativo del Oeste atraería sin duda un mayor número de votos, precisamente en esa región que podía ser decisiva.

Esta previsión resultó acertada y las votaciones presidenciales de 1860 dieron a Lincoln una ma-

yoría relativa de 1.866.452 votos contra 1.376.957 a Stephen A. Douglas (candidato demócrata y su rival más importante), 846.781 a John C. Breckinridge y 588.879 a John Bell. En la votación por Estados (compromisarios), Lincoln obtuvo una clara mayoría: 180 votos frente a 72 de Breckinridge, 39 de Bell y doce de Douglas. (Los defectos de este sistema se hacen patentes en la paradójica discrepancia entre el apoyo popular con que contaba Douglas, sobre todo en el Sur, y su fracaso casi total en las elecciones indirectas por Estado.)

Es evidente que el triunfo de Lincoln se debió a las divisiones entre sus adversarios. Estas divisiones hay que achacarlas principalmente a los debates en que se enfrentaron los dos candidatos principales, Lincoln y Douglas, no durante la campaña de 1860 sino, irónicamente, cuando ambos eran candidatos al puesto de senador por el Estado de Illinois. Douglas era ya famoso; Lincoln, muy poco conocido, aunque no era precisamente ese abogado rural y poco instruido que muchos imaginan. En 1834, cuando tenía sólo veinticinco años, fue elegido por vez primera para la asamblea del Estado, cumpliendo en ella cuatro períodos de dos años. Cuando en 1837 el cuerpo legislativo del Estado aprobó un proyecto de ley condenando las actividades de los grupos abolicionistas del país, Lincoln y otro legislador presentaron una protesta. Admitían que el gobierno no tenía autoridad para oponerse a la esclavitud en aquellos Estados en que ésta llevaba mucho tiempo establecida y se unieron a la mayoría para condenar la propaganda de los grupos que abogaban por que la esclavitud fuese declarada ilegal inmediatamente y combatida por la fuerza, si era necesario. Tal política extremista —dijo Lincoln— puede ser más nociva que beneficiosa. A pesar de su moderación, lo que sí hizo el futuro presidente fue acusar a sus colegas de no haber dejado claro, como era su deber, que aunque se oponían a los excesos extremistas no estaban tampoco de acuerdo con la esclavitud. «La institución de la esclavitud —declaró— está fundada en la injusticia y en una mala política». Y veintitrés años más tarde, durante la campaña electoral de 1860, declaró que su punto de vista respecto a la esclavitud seguía siendo fundamentalmente el mismo que sostuvo en aquella protesta en 1837.

Lincoln fue elegido para el Congreso en 1846. Al terminar el período para el que había sido ele-

gido ya no le quedaba nada de la popularidad que se había ganado entre los ciudadanos de Illinois, al oponerse a la guerra con Méjico, que los Estados Unidos habían buscado deliberadamente bajo la administración de Polk, como más tarde, en 1898, siendo presidente McKinley, la buscaría con una España orgullosa e indefensa.

La guerra contra Méjico fue muy fructífera, ya que, gracias a ella, los Estados Unidos tienen un Estado que se llama Texas. Por ello, esta primera aventura imperialista tuvo una gran popularidad entre los americanos y fue precisamente la oposición que mantuvo Lincoln, al principio, lo que le costó no ser reelegido, aunque posteriormente votara, como los demás miembros del Congreso, los créditos de guerra necesarios para su financiamiento.

Presintiendo el final de su carrera política, Lincoln se hizo procurador, carrera que le reportó grandes éxitos tanto económica como profesionalmente. Y si bien es cierto que defendió a muchos clientes gratuitamente, es históricamente falso que cuando llegara a Washington fuese un hombre pobre. Entre sus clientes se encontraban muchas compañías importantes y una de éstas, la Illinois Central Railroad, llegó a pagarle la sorprendente suma de 5.000 dólares que, traducida a dólares de hoy, representaría una de las mayores gratificaciones jamás concedida a un procurador americano.

El interés de Lincoln por la política se había reanimado como consecuencia de dos hechos que amenazaban extender la esclavitud. El primero fue que los partidarios de la esclavitud, dirigidos por Douglas, último rival de Lincoln, habían conseguido que el Congreso aprobara una ley que derogaba, prácticamente, la que en 1820 había prohibido el establecimiento de la esclavitud en los territorios occidentales en curso de colonización. Dicha ley, de 1854, establecía que los habitantes de los territorios del Oeste tenían derecho a votar si la esclavitud había o no de permitirse en aquellos Estados.

En 1857, los opositores de la esclavitud recibieron un golpe todavía más duro y, esta vez, de carácter judicial. El Tribunal Supremo que, en los Estados Unidos, puede vetar cualquier legislación con sólo declararla contraria a la constitución, invalidó el Compromiso de Missouri.

Todo ocurrió cuando un esclavo llamado Scott, a quien su señor había llevado a un Estado en el que, según el Compromiso de Missouri, estaba prohibida la esclavitud, trató de conseguir la liber-

El dibujo representa a la familia Lincoln en 1861. De izquierda a derecha, Robert —hijo mayor del presidente—, señora Lincoln, Tad, Willie y Abraham Lincoln. El cuarto hijo, Edward, murió de muy pequeño.



LINCOLN-KENNEDY



Abraham Lincoln
—ya presidente— lee ante
su Gabinete
un proyecto de la Proclamación
de la Emancipación,
en la que anunciaba
la liberación de los esclavos.
De izquierda a derecha,
Stanton (secretario de Guerra),
S. P. Chase (secretario
del Tesoro), Lincoln G. Welles
(secretario de Marina),
W. H. Seward (secretario
de Estado, cuyo
renombramiento le inhabilitó, como
demuestra Buchanan, para
candidato a la Presidencia),
C. B. Smith (secretario
del Interior), M. Blair (director
de Correos) y E. Bates
(procurador general).

tad apelando a un tribunal. Este decidió que Dred Scott era un hombre libre desde el mismo momento en que entró en un Estado libre. Pero su amo, un cirujano del ejército, no se conformó con la sentencia y apeló ante un tribunal superior, que revocó la sentencia y entonces tuvo que intervenir el Tribunal Supremo. El fallo del alto tribunal fue favorable al amo en contra del esclavo.

La mayor parte de los americanos creen, y es verdad, pero sólo hasta cierto punto, que su Tribunal Supremo está por encima de todo partidismo. Se ha procurado siempre garantizar la independencia de sus miembros de los órganos legislativos y ejecutivos del gobierno, de tal modo que sus puntos de vista no reflejasen los caprichos pasajeros del electorado, sino una lealtad a la tradición republicana mucho más firme y duradera. Por ello sus cargos son vitalicios y, una vez elegidos, no pueden ser depuestos aunque se opongan a la política de la administración que les ha elegido o cualquier otra. Sin embargo, los hombres de este tribunal son hombres como los demás, sujetos a las tensiones de los problemas contemporáneos. Así, cuando el asunto Scott, se reveló que siete de los jueces, precisamente los que pasaban por demócratas, habían votado en el sentido de que el Tribunal Supremo no tenía jurisdicción para revisar la conclusión a que había llegado el tribunal intermedio, que decretó que Dred Scott, esclavo negro, no tenía derecho a reclamar la protección de las leyes pues no era ciudadano americano y añadía, gratuitamente, que un esclavo no tenía derechos con respecto a un blanco. Pero el Tribunal Supremo llegó mucho más lejos. Declaró que el Compromiso de Missouri había violado la constitución y que Dred Scott no tenía ningún derecho a la libertad, aunque protestara estando en un territorio libre, ya que la esclavitud no podía abolirse legalmente en los territorios occidentales ni tampoco en el Norte.

Eran tan peligrosas las implicaciones del caso de Dred Scott y la legislación defendida en el Congreso por el dirigente demócrata Douglas que, cuando en 1858, el partido ofreció a Lincoln la oportunidad de arrebatar a éste su escaño en el Senado, aquél aceptó sin vacilar. Seguramente Douglas acabó arrepentido de su temeridad al permitir a Lincoln establecer contacto con personas que él mismo había traído a su causa. Douglas tenía más que perder que Lincoln al dejar

que éste compartiera con él la plataforma porque era el más conocido de los dos. Pero, al parecer, estaba seguro de que ganaría. Por aquel entonces, Douglas estaba considerado como uno de los oradores más brillantes del país, mientras que Lincoln era muy poco conocido y en el período parlamentario que pasó en Washington apenas participó en los debates.

La contienda electoral empezó el 21 de agosto y no terminó hasta el 15 de septiembre. Los dos candidatos se enfrentaron en siete debates, cada uno en una ciudad diferente. Desde el principio, Lincoln presentó sus puntos de vista con una dialéctica mucho más persuasiva de lo que Douglas había supuesto. Tanto que, al final, Douglas tuvo que modificar su postura primitiva, admitiendo que aunque los ciudadanos de un territorio podían votar por la esclavitud, también podían hacerlo en contra. Quería asegurar los derechos particulares de cada Estado, para que el gobierno central no pudiese obligar a los ciudadanos de un territorio a adoptar un sistema con el que no estuvieran de acuerdo. Lincoln oponía que «una casa dividida contra sí misma no puede durar. Creo que este gobierno no puede durar eternamente mitad esclavo y mitad libre. No espero que se disuelva la Unión... No espero que se desplome la casa... Lo que sí espero es que deje de estar dividida. Ha de ser una cosa o la otra. O los enemigos de la esclavitud terminan radicalmente su expansión o sus defensores la fomentarán hasta que sea declarada legal en todos los Estados tanto del Norte como del Sur».

Lincoln obtuvo el mayor número de votos en el Estado de Illinois. Sin embargo, debido al complicado y anacrónico sistema de votación empleado, en el que cada distrito tenía un solo voto, Douglas retuvo su escaño en el Senado, pero por un margen tan reducido que Lincoln, aunque no ganó las elecciones, consiguió un gran prestigio dentro de su propio partido, lo que le permitió lograr dos años después el nombramiento de candidato a la presidencia, junto con el mismo rival. Esta vez la balanza se inclinó al lado de Lincoln. Y, hasta cierto punto, la victoria de 1860 tuvo que agradecerla a los debates de 1858. Estos no sólo le dieron a conocer como un enemigo de la esclavitud sino que provocaron en el seno del partido demócrata una desastrosa escisión, sin la cual éste hubiera vencido seguramente al republicano.

Desgraciadamente para Douglas, las concesiones que se vio obligado a hacer en 1858 se vol-

vieron ahora en su contra. Los extremistas demócratas de derecha amenazaron con abandonar la convención si se elegía a un candidato como Douglas, a quien acusaban de haber traicionado la causa sudista e insultaban tanto como a Lincoln. Los grupos ultraderechistas sostenían que, al admitir el derecho de los territorios del Oeste a votar en favor o en contra de la esclavitud, Douglas perdió el terreno ganado cuando el debate del caso de Dred Scott, donde se estableció que ningún Estado del Oeste podía declarar la esclavitud fuera de la ley aunque esta decisión estuviera ratificada por el voto. Y lo que era peor, al declararse partidario de las votaciones sobre la esclavitud, Douglas preparó, según ellos, el camino para su abolición mediante referéndum en todos los territorios. Es decir, que Douglas era un simpatizante del Norte, acaso en su fuero interno un abolicionista, en connivencia con los que querían liberalizar aquellas enormes hordas de negros salvajes sedientos de la carne de mujeres blancas.

A pesar de todo, Douglas fue nombrado representante de los demócratas. Entonces, el ala derecha del partido llevó a efecto su amenaza y nombró a otro candidato. Este fue John C. Breckinridge, de Kentucky, vicepresidente de la administración que bajo el presidente demócrata Buchanan dirigía los destinos del país. Al mismo tiempo, otros sudistas —tras decidir que Breckinridge tampoco era aceptable— eligieron por su cuenta a John Bell, de Tennessee, como representante de un grupo que se autodenominó «Partido Constitucional de la Unión». Los tres candidatos rivales de Lincoln se repartieron los Estados sudistas. Lincoln ganó a la nación. Pero ésta era una casa dividida y, pocos días después de su elección, estalló la guerra civil. En este conflicto entre hermanos, la última bala disparada fue la que atravesó la cabeza del presidente.

© THOMAS BUCHANAN y «TRIUNFO», 1967

En el próximo número



LINCOLN
EL ASESINATO